arriba abajo a Rio Santo, y calcular los azares de una lucha desesperada. Rio Santo comprendió perfectamente aquella horrible mirada, no hizo el mas ligero movimiento.

—¿Con que lo teneis, repuso el príncipe, con vos mismo?

—No por cierto, milord.

Los dientes de Tolstoy se enterraron completamente en la espesa carnosidad de su labio: su mirada se apagó.

—No ciertamente, repitió Rio Santo sonriendo. ¿Ha podido creerlo así V. G? No conozco yo cartera alguna tan grande que baste a contener la multitud de pequeños talismanes que he ido acopiando en el discurso de mi vida.... Vuestro juramento está en su sitio correspondiente.

—¿Dónde? preguntò el príncipe sin esperar obtener una contestacion.

—En San Petersburgo, milord.

Tolstoy lanzó sobre Rio Santo una mirada envenenada de odio.

—Señor marques, le dijo apretàndole convulsivamente la mano, Dios os libre de caer un dia en mi poder como yo lo estoy en el vuestro.... Mandad.... obedeceré.

IX.

ALMACEN DE SADA-WAARTER.

El marques de Rio Santo abandonó su actitud perezosa y cambió de tono al mismo tiempo.

—Poco tiempo nos queda para hablar de negocios, milord, dijo consultando la péndola: voy a deciros lo que espero de vuestra generosa amabilidad y lo que de aquí resultará.

—¡Eh! señor marques, replicó el ruso con dolorosa impaciencia, en cuanto al resultado me confio a V. S.... vos habeis sembrado al azar tan bien que concluiréis por lograr vuestro objeto aun sin contar con vuestros aliados.

—No quiero tomar acta de esa declaracion, milord, dijo severamente Rio Santo, que me obliga a contar a V. G. en el número de mis decididos amigos.

Tolstoy guardó silencio.

—Milord, continuó el marques dando profundas vibraciones a las notas graves y sonoras de su voz: los Kutusow, tan influyentes hoy en la corte, son vuestros enemi-

gos.... el que pusiese en sus manos la carta de que hablábamos un momento ha, seria perfectamente recibido.... ¿qué respondeis a esto?

Las facciones de Tolstoy se contrajeron de nuevo con esta amenaza.

—Estais hiriendo al vencido, señor marques, dijo haciendo un esfuerzo: por última vez.... hablad y os obedecerè.

—Y nada os costará hacerlo así, milord. El susurro que empieza a correr sobre haberse puesto un entredicho a los productos ingleses, se esparcirà por sí mismo en la Bolsa. Yo me encargo de eso. Vuestro papel quedará limitado a que, cuando algun *alcista* asustado venga a vuestro palacio a pediros noticia.... negueis con poca destreza.... ¿comprendeis, milord?.... que respondais de modo que vuestras negaciones envuelvan un sentido afirmativo.

—Basta, dijo el príncipe: seréis satisfecho.

—¿Y V. G. no desea saber el objeto?

—No, mllord.

—Yo sin embargo tengo mucho gusto en dispensaros toda mi confianza. El movimiento de baja será repentino y violento; tanto mas cuanto que otros rumores correrán y vendrán a unirse a esta fatal noticia.

—Ah!.... dijo el príncipe, que volvia a sentir su curiosidad diplomática.

—Sì, milord.... El gobierno ha recibido hoy mismo y durante estas últimas semanas, porcion considerable de despachos funestos....

Rio Santo sacó su paquete de cartas y lo recorrió todo continuando:

—Tres establecimientos de la Compañía han sido saqueados por los Afghanes.

—¡Bagatela! dijo el príncipe.

—Permitid: el Sindhey entero ha tomado las armas impulsado por agentes misteriosos que se creen venidos de la Europa.

—¡Ah! dijo otra vez Tolstoy.

—El alto Canadà està en completo motin y las tropas del rey han sufrido descalabros en dos acciones....

—¡Oh, oh!.... y ¿de dónde nace ese movimiento, señor marques?

—Gentes que vienen de Europa....

—¡Ah! dijo por tercera vez Tolstoy, cuya mirada se volviò tímida y respetuosa.

—El emperador celeste, continuó Rio Santo, acaba de prohibir bajo pena de muerte el comercio del opio en todas sus costas.

—¡Bravo! gritó involuntariamente el ruso: ¿y quién diablo ha inspirado a ese gran mono tan escelente idea?

Oficiales, milord.... gentes venido de Europa.

—Sois un gran político, señor marques, murmuró Tolstoy.

—Otra cosa. Los Estados-Unidos demuestran ciertas pretensiones a propósito del Oregon: hablan de guerra y hablan muy recio.

—¿Todavía vos?....

—Milord, V. G. es quien benévolamente me atribuye todo eso. Yo pienso que la avidez sola de los americanos basta a esplicar suficientemente ese resultado.... Se pretende sin embargo que gentes de Europa....

El ruso soltó una enorme carcajada, dejando ver sus largos dientes.

—Señor marques, interrumpió, tengo para mí que todas esas gentes de Europa son otros tantos mancebos de

vuestro comercio político que vos habeis enviado allá para sembrar al azar.

—Os hace gracia, la frase segun parece, milord, dijo solemnemente el marques: no es todo eso: se ha formado en Irlanda un numeroso partido, que dejando atras a los secuaces de esa política de paz, de esas peticiones inofensivas y de contemporizacion, cuyo apóstol es Daniel O'Connell, pretende efectivamente sacudir el yugo y librar sus desconocidos derechos al écsito de una batalla.

—Ya aguardaba yo este último golpe, dijo Tolstoy: V. S. no ha olvidado nada!

—Estas buenas gentes, milord, continuó Rio Santo, creen que el grande agitador se fia demasiado de sus medios de obrar: dicen que su alma generosa, cristiana, leal tin acaso demasiada repugnancia a la última *ratio* de los pueblos oprimidos: piensan que Daniel O'Connell a pesar de su poderoso genio, se hace una ilusion esperando conquistar la libertad de un gran pais, valiéndose de ciertas sutilezas legales. La ley inglesa es en favor y en contra suya: tiene un testo para cada uno; y miéntras él anda contemporizando, ¿quién quita que un jurado corrompido venga a cortarle por la raiz sus proyectos encerrándole en una prision?

—¡Picos de oro los que así hablan!.... Y bien, señor marques, ¿no hay alguna otra cosa mas?....

—No, milord. Esto es todo, salvo algunos pequeños desastres en detall que pasarán desapercibidos en la destreza del gobierno.

Rio Santo volvió a guardar sus cartas en el bolsillo.

—Me olvidaba ademas de comunicar a V. G, añadió, que el crédito de la Compañía está notablemente menoscabado, a consecuencia de la fuga repentina de mas de la

mitad de sus corresponsales de la India, entre quienes se ha declarado una bancarota de lo mas furiosa.

—¡Oh!.... ¡oh!.... ¡oh! gritó el príncipe frotándose las manos: esto es el colmo, ¡por San Nicolas! milord, si en lugar de trabajar por un objeto que no comprrendo y que me inquieta, fuéseis agente de S. M., yo os serviria como ayuda de cámara.

—Mil gracias, milord. Pero no está ahí el todo: el complemento estriba en la pequeña operacion de fondos en que teneis la bondad de ayudarme.... Un solo recurso queda fácil al crédito de Inglaterra: la Europa, sobre la cual puede refluir su comercio violentamente atacado en las otras partes del mundo. Pues bien, de este lado pongo yo a V. E. de centinela. El golpe que vais a dar sin molestaros gran cosa, completa el desastre.... la baja desde mañana.... ó pasado mañana, porque me falta una nota que debe fijar la fecha, tendrá todos las caracteres de una completa ruina. Lo creeréis así, milord, cuando os diga que tengo a mi voluntad varios tenedores de quinientas mil libras.... Porque me consta que la tesoreria no cuenta mas que con un millon de esterlinas....

—Ahí está la Compañía de las Indias, dijo el príncipe.

—La Compañía de las Indias no puede en este momento socorrer a nadie.

—¿Pero el banco?

—¿El banco Milord, en el momento en que estamos hablando, el banco será de los nuestros y a nadie pagará mas que a nosotros.

—¿Pues cómo es eso?.... dijo Tolstoy pasmado.

Rio Santo se levantó.

—Milord, replicó saludando para despedirse, no está en mi mano complaceros en este punto.... Mañana tendrè el honor de comunicaros noticias mias.

—Señor marques, aguardo vuestras órdenes.

Tolstoy acompañó a su huésped hasta el último escalon de la grada esterior. Desde allí siguiò con la vista el carruage arrastrado por el galope de su soberbio tiro: en la mirada de Tolstoy no habia ya el menor vestigio de odio.

—Es inútil combatir a este hombre, murmurò al paso y volviendo al salon: mas vale seguir su carro.... Vamos, pues: volvamos a la corte.... ¡Por San Nicolas! Puede que sea esta mi última visita.

A la vuelta de la esquina el carruage de Rio Santo se detuvo. El cochero se apeó y tomò a piè el camino de Irish-House. Ereb subió en su lugar al pescante, y sin preguntar la direccion lanzó los cuatro caballos al galope.

Miéntras todo esto pasaba, el caballero Angelo Bembo habia desempeñado una parte de su encargo y convocado los lores de la noche. En seguida se dirigió hàcia Prince's Street (Bank).

En el ángulo formado por esta calle y Poultry enfrente de Cornhil, habia un pequeño cuarto bajo muy aseadito y recien revocado de amarillo, que ocupaba en la parte superior la mitad del espacio que cogió el grande almacen de navajas y piñas abierto entre Poultry Prince's Street.

En este cuarto bajo se detuvo Bembo.

Todo respiraba allí con gravedad y sosiego. A primera vista se tomaba por la habitacion de un cuakaro, ò de uno de esos presbíteros escoceses de la antigua roca, que hacen su comida en un testo del Evangelio, y sueñan en la inocencia de su corazon con reyes decapitados y otras frivolidades bíblicas a este tenor.

Haciase allí un escaso comercio de seda-warter sin

mas objeto que sostener la carne y librar al espíritu de las tentaciones del demonio de la ociosidad.

Muy corto era el número de los parroquianos. La apariencia grave, fria, taciturna, del dueño de la casa (ó mas bien de los amos, por cuanto dos eran las personas que se colocaban tras del mostrador), alejaba mas bien que llamaba a los consumidores; y a no ser por el agradable carácter del flaco y largo irlandes que desempeñaba los oficios de mozo, la tienda se quedaria fácilmente sin compradores.

Pero hubiera importado muy poco al santo Jededias Smith, quien indiferente a las cosas mundanas pasaba los dias de su vida, como él decia, "en las cosas del espíritu, mortificando la carne, implorando la cólera de Dios hácia la gran ramera que se acuesta sobre siete colinas."

Este estilo apocalíptico le habia valido la clientela de mistres Footes, mistress Bull y de las otras cinco señoras cuyos armoniosos nombres ha medido mas de una vez agradablemenie el tímpano de los lectores de esta narracion. La sesta de ellas, mistress Bloomberri, jamas se surtia en ningun otro almacen; pero en honor de la verdad, lo que la traia a casa de Jededias Smith, eran los seis piés largos de estatura del mozo, quien ciertamente tenia muy galante apostura, con su sombrero de cubeta, su casaca muy estirada, su pantalon color de camello, y sus gruesos zapatos de hebillas completamente desprovistos de betun.

Pero ¡ah! el largo mozo tenia sus amores en otra parte; y la desgraciada de mistress Bloomberry bebia en vano enormes tragos de agua gaseosa.

Bembo tenia prisa. Entró precipitadamente en el reci-

bimiento, donde con fuerte, pero gangosa voz leia Mr. Smith un capítulo de la Biblia.

—¿Qué se os ofrece? dijo éste interrumpiendo su lectura, pero sin levantar sus ojos protegidos por una inconmensurable visera de seda verde.

— Mayor, respondió Bembo, vengo de parte de M. Eduardo....

Mr. Smith cerró al instante su Biblia.

—¡Chut, señor, chut! dijo. Llamadme Jededias Smith.. .... Esta es una casa pública.... y ya veis ...

—¡Bien! Mr. Jededias Smith, repuso Bembo, vengo a saber positivamente en qué estado se encuentran los trabajos....

—Hablad mas bajo, señor.... ¿Los trabajos? Dios ha bendecido nuestros esfuerzos, y nos hallamos ya prócsimos a conseguir el objeto.

—Milord desea una respuesta mas precisa que esa, dijo Bembo.

—Milord será satisfecho, señor.... Tened la bondad de tomar asiento un instante.

Jededias alargó su Biblia en cuarto al caballero Bembo para que entretuviese el tiempo, como hubiera podido hacerlo con un folleto ó un diario. Al mismo tiempo tiró fuertemente del llamador de una campanilla, cuyo sonido no se percibió desde allí.

Bembo se habia sentado no sin prevenir que estaba de prisa. A los pocos instantes se oyó un paso que heria por intervalos acompasados las tablas de la escalera de la cocina.

—¡Vamos, mozo, vamos! gritó M. Jededias Smith.

—¡Trueno del cielo! ¡qué diablo! respodió una voz de vigoroso timbre, allá voy, insoportable comadre, mi cara mistress Bloomberry, porque no puede ser otra que mistress Bloomberry, ¡veinte mil miserias! quién a esta hora desusada puede venir a buscar su pinta de sada-warter.

—El libro dice,—no blasfemarás:—pronunció M. Smith con el acento mas compungido.

—Dios me condene, M. Smith, repitió el buen capitan Paddy O'Chrane, que apareció en este momento, y cuyo descarnado cuerpo salia tan lentamente por el hueco de la escalera que se hubiera creido un instante que nunca acabaria de salir. ¡Dios me condene, señor! Si el libro dice eso es un buen libro, ¡mal rayo me parta! no, pero veo a la señora Bloomberry, a ese embudo de pasar té.

—Mistress Bloomberry no esta aquí, Paddy; y yo me alegraria que no viniese con tanta frecuencia, porque sospecho que a ello la estimulaba el aguijon de la carne....

—¡El del diablo! añadió el capitan haciendo un molino.

—Os he llamado, repuso M. Smith, para que respondais a este caballero.

Paddy se volvió hácia Bembo, y le hizo un saludo militar, terciando sobre la manga izquierda de su casaca azul la servilleta, signo distintivo de su aparente profesion.

—Y ¿qué desea este noble caballero? preguntó él.

Bembo le repitió en pocas palabras la cuestion que habia dirigido a M. Smith. Paddy se repuso entónces y cambió su aire de mozo de café en el esterior digno y concienzudo de su propio mérito, que nosotros conocemos ya.

—De suerte que, ¡por el nombre de Satanás!.... ¡que Dios me castigue!.... ¡que me castigue como a un pagano!.... dijo él arrojando desdeñosamente su servilleta, yo puedo hacer saber a este caballero, bajo mi fé, que no está hablando con un mozo de taberna, sino con el

capitan Paddy O'Chrane, antiguo patron de la corbeta la *Hareng*. ¡Triple tempestad! de la casa de Gween y Gween de Carlisle, trueno del cielo!

—No se trata de eso, dijo M. Smith: responded al caballero.

—¿Que le responda? ¡muerte de mis huesos! ¿que le responda? gritó el capitan. Corriente, señor Smith, corriente: eso es lo que yo quiero, y si no, que me asen por toda la eternidad.

—El libro dice:—No blasfemarás—murmuró por costumbre M. Smith.

—Enhorabuena, señor, enhorabuena, ¡qué diablo! el libro no dice nada: sois vos el que haceis charlar al libro. Yo quisiera saber ¡mal rayo me abrase! a quien puede perjudicar eso.... En cuanto a la cuestion de este caballero, juro que nadie mejor que yo puede responderle, si no es esa masa innoble de carne y huesos, de cerveza y aguardiente, el digno Saunder el Elefante.... Y todavía.... que me cuelgen si Saunder conoce ciertas buenas maneras que es preciso tener para responder como conviene a este caballero.

Bembo pegó con el pié en el suelo en señal de impaciencia.

—¡Que tengo prisa!

—¡Oh diablo! señor: ¿por qué no lo ha dicho vd. ántes? Y bien.... La cosa va poco a poco: pardiez, Dublin no se edificó en un dia.—¿Sabeis que hay mucha distancia de aquí al recinto interior del Banco? Saunder es un estúpido, pero es buen muchacho, que trabaja.... y bebe con conciencia.

Pero en fin, ¿á donde está la mina?

—¿La mina, señor? Supongo que me hablais del agujero, por Satanàs! A fé mia.... ahí está bajo nuestros pies, y bajo los mios, y bajo los de M. Smith, que en este momento hace como que está mascullando un retazo del Evangelio; ¡mal diablo me lleve!

—¿Y no podré bajar allá con vos? preguntó Bembo.

—¿Si podeis bajar? Ya se ve que sí: no creo que haya inconveniente. Y sin embargo, nadie mas que yo mete allí las narices de ordinario. ¿No es verdad, M. Smith?

—Este caballero viene de parte de Su Escelencia, respondió Smith.

—¡Ah! que el diablo se acueste conmigo! dijo Paddy quitándose respetuosamente su sombrero de cubeta. Estoy a las órdenes de este caballero y de quien le envia.... a fé mia, eso es muy diferente.... El agujero está casi concluido, señor, puesto que S. E. quiere saberlo; y si la brújula no miente, apènas nos quedan tres ó cuatro piés de terreno para penetrar como muchachos honrados en los sótanos del Banco.... Y ya era tiempo, pardiez.... porque esa pobre criatura de Saunder.... ¡pícaro, tonto! ya no menea mas que una ala, y huele a cementerio a una legua. Ya lo veis, caballero: lleva nueve meses haciendo el topo bajo de tierra.... así Dios nos condene!... es decir, así Dios nos salve.... a mí, y a vos, caballero.... y aun al mismo M. Smith.... Pero, en fin, puesto que venis de parte de S. E., y si teneis el antojo de visitar el agujero....

Bembo no pudo reprimir un movimiento de curiosidad.

—Mi respuesta a milord será precisa, dijo: acepto vuestra oferta.

Paddy O'Chrane enderezó su alta talla; arrojó por via de desahogo un ¡Dios me confunda! tan siniestro que hizo estremecer a M. Smith, y se dirigió con su paso ordinario hácia el hueco de la escalera en el que su lar-

go cuerpo fué desapareciendo lentamente pulgada por pulgada.

El caballero Angelo Bembo lo siguió.

Al fin de la escalera se encontraba un pequeño almacen de agua gaseosa, de aspecto serio y comun. El capitan Paddy O'Chrane atravesó esta estancia sin detenerse; y a la estremidad opuesta, separó del sitio en que estaba colocado un enorme tonel que ocultaba una especie de puerta falsa.

Allí empezaba la mina practicada por Saunder el Elefante.

—¡Por Satanás! señor, permitidme que pase el primero. Estoy en mi casa.

X.

SAUNDER EL ELEFANTE.

En 183.... habia en el circo de Astley un *clown* llamado Saunder Mass, ó Saunder el Elefante, que causaba la admiracion de todos los aficionados de Londres por su estraordinario vigor. Este Saunder era natural de Namur, y se llamaba simplemente Alejandro. Era un hombre de una talla colosal, un gigante linfático, pesado, estúpido, un Goliath belga contrahecho. Contábanse de él algunnos rasgos de fuerza completamente sobrenaturales: hemos oido a Snail asegurar que Saunder levantaba un caballo.

Nosotros no garantizamos este hecho, temiendo perjudicar la memoria olímpica de Milon de Crotona; pero a todas horas se encontrará en *The pipe and Port* en *shahspeare* y aun en las *Armas de la Corona* una multitud de testigos entre los parroquianos de la colorada mistress Burnett que lo afirmarán bajo juramento.

Sea como quiera, Saunder el Elefante era uno de los personajes mas justamente populares de Londres en la